

En el capítulo noveno traza la relación de *El Pueblo* con el peronismo, y ofrece una explicación del final de dicho periódico en 1954 en que fue clausurado. La autora evalúa la postura del diario en relación a la legalización de la enseñanza religiosa, los Congresos Eucarísticos, la política interna, y la fusión de *El Pueblo* con la Editorial Difusión de Luis Luchía Puig y su posterior remozamiento. De esta manera, Lida busca escapar de explicaciones simplistas para indagar en los entremeses de la relación de *El Pueblo* con el peronismo. Por ello la autora coloca especial énfasis en el peso y alcance de dicho diario, y fue aquella constatación de que *El Pueblo* era dinámico y prosperaba, la que condujo a Perón a clausurarlo.

Tras la clausura, la Revolución Libertadora permitió poner en práctica intentos de relanzar a *El Pueblo*, pero estos fueron vanos: perdió su atractivo para los lectores y fracasó en *aggiornarse* a los cambios de la década del 50. En un marco más variado y plural le fue difícil a *El Pueblo* crecer. Tras tomar el control Monseñor Plaza, el diario adquirió un giro cada vez más ortodoxo y fue tras el anuncio del Concilio Vaticano II que aquel diario católico sucumbió.

La investigación excede los márgenes de un estudio sobre un periódico católico, y resulta de interés para el campo de la historia social dado que el análisis de *El Pueblo* constituye una aproximación a la sociedad de una Buenos Aires sujeta a las transformaciones provocadas al ritmo de la política interna y externa, gobernada por los vaivenes de la modernización e inmersa en una cultura de masas. La obra logra de manera contundente retratar las dinámicas sociales y elementos discursivos que se entretejieron al fragor de la modernización en torno a *La rotativa de Dios*.

MARÍA GONZALEZ WARCALDE

Julio Horacio Rubé, *El general Eduardo Lonardi y la Revolución Libertadora. El derrocamiento de Perón y el Plan de pacificación*, Buenos Aires, Eder, 2011, 712 pp.

Por tratarse de un trabajo que en su origen fue tesis de doctorado, el autor presenta con claridad el resultado de una investigación histórica que se basó en entrevistas a personalidades vinculadas a los hechos, consulta a fuentes y memorias éditas e inéditas, cartas, archivos privados y prensa. A partir de esta obra el lector podrá conocer más a fondo la figura de Eduardo Lonardi, a cargo del gobierno argentino entre el 23 de septiembre y el 13 de noviembre de 1955, como primer gobernante del proceso que dio en llamarse *Revolución Libertadora*.

El núcleo central del libro está en el pensamiento político, social y económico de Lonardi y su aplicación durante la breve presidencia que siguió a la de Juan Domingo Perón. Una mirada global de la obra nos muestra que la mayor atención quizás no ha sido puesta en descubrir las raíces ideológicas de ese pensamiento, o recrear las lecturas y modelos para actuar que formaron a Lonardi, sino en brindar una plataforma de difusión a las voces más allegadas al general, tanto en su vida pública como en su vida privada.

Un detallado estado de la cuestión que en el libro se presenta como la *Introducción* demuestra que las publicaciones existentes sobre la temática son numerosas y en muchos casos de destacable rigor científico por lo tanto es posible que el lector se pregunte cuál es el aporte de un nuevo trabajo sobre la primera etapa de la Revolución Libertadora y su Plan de Pacificación.

Por eso es bueno tener en cuenta que además de basarse en numerosos testimonios de contemporáneos ya publicados como los de familiares de Lonardi y miembros de los gobiernos peronistas como el general Franklin Lucero, ministro del Ejército o el almirante Aníbal Olivieri, ministro de Marina, o el ministro de Relaciones Exteriores del gobierno posterior, Mario Amadeo, el autor tuvo acceso al Archivo Privado de la Familia Lonardi, al Legajo militar del ex presidente y al Archivo Privado Deheza Lonardi que contenía documentos emitidos en el momento mismo de la Revolución y otros con posterioridad, que permitieron la reconstrucción e interpretación de la época y de la gestión de gobierno.

Rubé profesa una clara admiración por Lonardi cuando afirma que “para el jefe de la Revolución la única alternativa era hacer justicia, utilizar un tono piadoso y no excluir a la masa peronista” y reconoce en él la exclusiva capacidad de “anticiparse a lo que después ocurriría” en el país por lo tanto en ocasiones le es difícil tomar distancia del personaje estudiado.

A lo largo del libro, y en la tesis de casi 1000 páginas, se ve desfilar a Lonardi en un sinnúmero de conspiraciones y finalmente decidiendo asumir el mando de la Revolución Libertadora desde la Provincia de Córdoba. Este hombre, por entonces enfermo, y caracterizado por el historiador estadounidense Robert Potash como un orgulloso jefe que había desafiado con éxito el poder militar de un régimen al que consideraba represivo, fue el primer encargado de manejar la herencia de Perón en una sociedad plagada de divisiones y odios.

Los hechos previos y desencadenantes a la toma del poder son sucedidos en el relato por una detallada enumeración de los hechos de gobierno que son mostrados por el autor como decisiones coherentes con el pensamiento de Lonardi e impulsados por la necesidad de hacer un rápido llamado a elecciones.

Hubiera sido muy útil para el lector que la edición contara con un índice alfabético ya que por la estructura del libro y el modo en el que está redactado

tienen mucho peso entrevistas y testimonios que el autor reproduce en forma casi completa y que podrían ser consultadas sin dificultad para futuras investigaciones con la ayuda de un listado que indicara las páginas de la transcripción.

Si bien el gobierno de Lonardi no alcanzó los dos meses de vida y a pesar de su rápida desaparición física luego de que Pedro Aramburu lo remplazara en el poder, la relevancia histórica de los acontecimientos que marcaron los años intermedios de la década de 1950 se explica en que fue en ese tiempo cuando se marcó el rumbo de la Argentina postperonista y se inició el camino del exilio de Perón, quién ya sin poder real conservó un poder simbólico de enorme potencia que impidió que fuera desplazado de la escena política nacional.

El lector podrá observar que Rubé intenta mostrar que los planes de Lonardi para el país tarde o temprano fueron adoptados y adaptados por otros actores políticos: en 1970 Aramburu propuso lo que pretendía Lonardi en 1955, el Plan de Pacificación y tras el trágico secuestro de éste la esencia del plan fue adoptada por Agustín Lanusse y traducida ahora en el Gran Acuerdo. Sin lugar a dudas, los 15 años transcurridos evidenciaban que el país era otro y a diferencia del proyecto que logró imponerse en los años 50, el camino para una posible "salida" se buscaría con Perón.

MARÍA VICTORIA CARSEN